

dudosa utilidad y elevado coste» que ha presidido la reciente configuración de esos espacios.

Los autores responden sobradamente, con lucidez y coherencia, a lo que el subtítulo de su obra anuncia: establecer los fundamentos de una política ambiental apoyada en la adecuada valoración del arbolado urbano. Sus planteamientos se adentran en un terreno tan importante como escasamente atendido en España en los últimos tiempos, en un campo de ideas y de métodos que debieran conocer y procurar llevar a la práctica cuantos se ocupan del paisaje urbano. El libro, exponente de una perspectiva que sabe aunar lo mejor de la tradición con las innovaciones más fecundas de algunos puntos de vista actuales procedentes de la ecología, de la arboricultura y del urbanismo, ofrece visiones, interpretaciones y sugerencias bien fundadas, que pueden ayudar en gran medida a entender el papel desempeñado por los árboles en la configuración y en el funcionamiento de las ciudades, el particular significado que aquéllos adquieren en la caracterización del paisaje urbano y en los modos de percibirlo y de vivirlo que le acompañan. Defender y respetar el arbolado es ahora, como lo ha sido siempre, una forma de afirmar la necesidad de contar con ciudades habitables, gratas y acogedoras, en las que los hombres no se sientan, como a menudo sucede, asfixiados y agredidos.

Los viajeros románticos supieron apreciar el valor del arbolado urbano, y supieron también comprender que su ausencia o su deterioro no hacían sino expresar la indeseable degradación de las ciudades españolas. Los modernistas no fueron menos elocuentes a la hora de elogiar la presencia vegetal en el paisaje urbano —su predilección por el jardín es una acabada muestra de ello— y de denunciar los penosos resultados derivados de su destrucción o menoscabo. Juan Ramón Jiménez confesaba, a principios de los años treinta, que «las calles de Madrid, sin árboles, le producían verdadero espanto, eran algo trágico para él». Lo ocurrido después no nos permite suponer que el poeta hubiese encontrado hoy, al pasear por esa misma ciudad, menos ocasiones para sentir el espanto y la tragedia. La reforma y el crecimiento de las ciudades españolas ha negado con demasiada frecuencia todo lo que la tradición cultural e intelectual en favor del arbolado ha venido afirmando desde hace mucho tiempo. Puede que ahora, cuando parecen desvanecerse las ciegas creencias en otro tiempo pletóricas, no sea mal momento para volver a reflexionar sobre esa tradición y prolongarla con argumentos renovados. A ello puede contribuir de forma destacada, sin duda, la lectura del libro sobre los *Árboles en la ciudad*.— NICOLÁS ORTEGA CANTERO

*Ciudades de la Península Ibérica**

Con el objetivo de ofrecer «una base de referencia para facilitar los análisis históricos comparativos de series de ciudades, dedicando una atención preferente a la evolución de la estructura urbana», aparece este volumen, primero de un conjunto en el que han de tratarse cien ciudades europeas.

Se abre con un capítulo, a cargo de David-Sven Reher, titulado «Ciudades, procesos de urbanización y sistemas urbanos en la Península Ibérica. 1550-1991», que tiene una indudable utilidad por las informaciones numéricas que aporta y por la síntesis que pretende, sin duda dificultosa.

Esa dificultad se hace evidente desde el primer momento. Ante la necesidad de elegir un criterio para definir lo urbano, se opta por el tamaño bruto; sería difícil elegir otro, pero al determinar el umbral se selecciona el de 5.000 habitantes, tanto para el siglo XVI como para 1991. De ahí deriva una cartografía según la cual, por ejemplo, a fines del siglo XVI únicamente habría trece ciudades en la actual comunidad de Castilla y León, dos en Cataluña, y una sola en Aragón, lo cual es obviamente inexacto, y denota la incorrección del umbral utilizado.

Algunas afirmaciones, tal vez fruto de una redacción acelerada, resultan sorprendentes. Por ejemplo, calificar al Valladolid de fines del XVI como «sede tradicional de buena parte del Gobierno de Castilla», cuando lo «tradicional» en la Administración de esa Corona había sido, precisamente, el no tener ninguna sede fija; o la mención de una «conurbación» en la bahía de Cádiz a finales del siglo XVIII, lo que, sin duda, constituye un exceso verbal.

La causa de todo ello tal vez se encuentre en el hecho de que el análisis es, en esencia, una descripción de base numérica, apoyada en factores explicativos muy genéricos, lo que conduce a conclusiones limitadas. Acaso no sea responsabilidad del autor, pues lo cierto es que estamos ayunos de investigaciones comarcales o locales suficientemente abundantes y rigurosas, y sin ellas poco puede hacerse. Eso no evita que sean demasiados los problemas y fenómenos que ni siquiera se apuntan.

A esa introducción general siguen los análisis de las once ciudades peninsulares seleccionadas. Ninguna so-

**Atlas histórico de ciudades europeas. Península Ibérica*. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Salvat Editores. Barcelona, 1994, xv, 335 pàgs.

bra, pero otras faltan, sin que sean convincentes las razones que se dan para excluir algunas de ellas, incluidas las insulares. Por ejemplo, entre esas razones se aduce la falta de estudios previos, cuando es evidente que algunas de las ciudades seleccionadas no andan muy sobradas en ese campo.

Esos análisis tienen una estructura bastante similar, dentro de lo posible, y aquí radica una de las principales virtudes de esta obra. Ahora bien, la disparidad de los puntos de partida, en cuanto a la existencia de investigaciones previas, introduce un exceso de divergencias en el tratamiento de los asuntos, resultando llamativo el contraste entre el rigor de ciertos epígrafes y la superficialidad de otros. Ciñéndonos a las ciudades españolas, los capítulos dedicados a Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla destacan por la calidad de la mayoría de sus apartados.

El mismo contraste que hay entre los textos lo hay también entre las representaciones gráficas, algo que salta inmediatamente a la vista, poniendo de manifiesto la debilidad del trabajo previo en buena parte de las ciudades tratadas, frente a la situación ventajosa de la que parten otras.

Pero al margen de esas diferencias, la cartografía temática no tiene siempre el rigor deseable. Errores de localización (págs. 4, 5 y 17, por ejemplo), defectos semiológicos (págs. 7 y 15); omisiones en la especificación del significado de signos y colores; o uso de bases de dudosa validez, sin que medie explicación, no son raros.

En resumen, una obra muy desigual que tiene, no obstante, una utilidad indudable, pues por una parte sintetiza los análisis disponibles para once ciudades peninsulares y, por otra, deja de manifiesto la diversidad de problemas y fenómenos acerca de los que todavía se carece de investigaciones adecuadas. Además, y a pesar de sus limitaciones, el aparato gráfico incluye un extenso conjunto de representaciones de gran interés y utilidad.—

FRANCISCO QUIRÓS LINARES

*Mapas actuales de tiempos pasados**

Garcín ha confeccionado, sin duda, un sugestivo atlas de ciertos aspectos generales de la evolución cli-

mática y glaciaria de Europa Occidental en el Pleistoceno reciente y Holoceno, desde el Eemiense (última fase interglaciaria de decisiva importancia geomorfológica). Los aspectos concernientes a la Península Ibérica están resaltados en esta publicación de modo expreso.

Mediante nuevos cálculos de datos ya divulgados se realizan reconstrucciones paleogeográficas, mapas térmicos y diversos cuadros referidos a las once principales fases de esa evolución, que incluye el desencadenamiento, desarrollo y fluctuaciones del último Pleniglaciario. Se identifican los que se consideran con prudencia sólo «hechos probables», aplicando el método informático de Garcín y Courboleix llamado de «Geoprospectiva», concebido a partir de un modelo de interacción de parámetros astronómicos, geodinámicos y geográficos.

Parte Garcín de las hipótesis astronómicas de Milankovitch y de Berger respecto al origen de las glaciaciones pero, fundamentalmente, su aportación consiste, por un lado, en calcular las geometrías de los casquetes de hielo pleistocenos y de las deformaciones isostáticas asociadas a ellos. Por otro lado, con mayor interés para nosotros, en estimar las topografías resultantes de los niveles marinos regresivos —con el consiguiente aumento de la continentalidad y sus efectos geográficos—. Por último, en cuantificar en puntos concretos las variaciones térmicas, incluyendo gradientes de altitud (-1° por 166 m. de elevación), de latitud (-1° por 200 km hacia el Norte) y de longitud o continentalidad (-1° por cada 10° geográficos hacia el Este) y cartografiar el conjunto.

Las fases climáticas y glaciares se establecen según datos de Guiot, en razón de la cronología polínica, con dos episodios iniciales de enfriamiento (Melisey-1, de 110 Ka y Melisey-2, de 92 Ka) y los tres estadios principales del Würm, también reconocibles en huellas morfológicas (Pleniglaciario inferior, de 72 Ka, medio, de 41 Ka, y superior, de 25 Ka), con sus interestadios 1° (60 Ka) y 2° (32 Ka).

En todo este período las temperaturas no retornarán, sin embargo, a los niveles térmicos del Eemiense hasta el Holoceno, con una disminución máxima de la media de 11 y de 12° C respecto a la actual en los estadios pleniglaciares. El nivel inferior del mar regresivo (-120 m), así como el espesor máximo del hielo en Fenoscandia (3.000 m), se alcanzan en el Pleniglaciario superior. Estos datos arman, pues, el fundamento de las condiciones paleogeográficas en las que se esculpieron o tomaron forma no pocos de nuestros paisajes morfológicos.

Tras un conjunto de mapas que expresan en metros las deformaciones isostáticas en las fases glaciares, con

* GARCÍN, M.: *El Oeste de Europa y la Península Ibérica desde hace -120.000 años hasta el presente. Isostasia glaciaria, paleogeografías y paleotemperaturas*. Madrid, ENRESA, publ. téc. n.º 05/94, 1994, x + 86 págs.